

***La sombra y la tortuga*, nueva novela de Alberto Omar Walls**

Este autor de la generación de los 70 tiene una amplia obra detrás, en ella se aprecia que ha participado con frecuencia en los procedimientos de búsqueda formal, característica que comparte con buena parte de ese grupo de narradores. Pero también es autor teatral, director teatral, actor, poeta, ensayista. Omar es un hombre curioso y trabajador, utiliza tanto el grito de denuncia como el gesto irónico y humorístico; la condición humana y sus avatares es el objeto central de su preocupación literaria. Desde sus primeros textos, *La canción del morrocoyo*, o *El tiempo lento de Cecilia e Hipólito*, Alberto ha producido más de 30 libros muy variados. Ha sido, sobre todo, un buscador y ahora en su último libro, *La sombra y la tortuga* [Nace, 2015], con una portada de Arima García Santana en la que se recoge un fragmento de una obra del pintor Hans Baldung Grien, ha contado una historia más lineal, casi una novela histórica, casi una radiografía de costumbres, en la que retrata el ambiente de siglos pasados en las islas, especialmente en la ciudad de La Laguna, en los diversos pueblos de la isla de Tenerife, en el instante en que la nueva sociedad de colonos y arribistas está siendo cimentada sobre la huella prehispánica.

Construida con abundante documentación, intenta mostrar el alma colectiva de una comunidad partiendo de la vida de un esclavo, un ser marginal que llega a ser la voz central del libro. Canarias como punto de enlace con el Nuevo Mundo, Canarias como sociedad mestiza, construida con enormes diferencias sociales, caciquismos e injusticias, Canarias como puerto de entrada y salida de viajeros que van a Sevilla, a Inglaterra, a las tierras americanas.

“La vida es la memoria”, leemos en la página 506, cuando la novela toca a su fin. El protagonista llega a cumplir los cien años, y en ese lapso postrero de su vida afirma que “no se muere nunca de saber vivir en los instante (...) Darse a los demás es vivir en los instantes. No tener miedo, también. Tener coraje y echarle voluntad de existir en la hoguera de la vida es vivir con las botas puestas...”

Liberto es el eje central de las historias que aquí se cuentan, en una voluminosa compilación que sin duda ha llevado años de trabajo. Se trata de una crónica de costumbres, un ensayo, una aproximación al pensamiento colectivo de una sociedad mezquina y cruel, en la que a veces aparecen destellos de grandeza. Hay apuntes de los usos prehispánicos, aquellas señas de identidad borrosa de los bereberes que van

siendo absorbidas primero y desdibujadas luego por la nueva sociedad de colonos, mercaderes, traficantes de sueños.

Es esta una novela en la que tienen importancia los personajes femeninos, el contrapunto eficaz. No se trata propiamente de una novela histórica sino de un ejercicio de la memoria, basado en las vivencias de un hombre que cumple los cien años y recuerda la vida azarosa que tuvo, primero esclavo y más tarde hombre libre. Las anécdotas y las vivencias, los episodios de rebelión y deseo, la manera metódica en que este ser va construyéndose el camino en base a la intuición y al esfuerzo. Es una novela coral en la medida en que participan numerosos personajes, algunos efímeros y volanderos, otros más asentados en sus pasiones y virtudes. Se maneja con habilidad el plano de retorno, hay una vocación clasicista y el texto se abre con dos citas significativas, una de Santa Teresa de Jesús y la otra de la Historia de la Florida del Inca Garcilaso de la Vega.

La sombra y la tortuga se lee bien, porque las sucesivas andanzas de los personajes llegan a atrapar a quien se acerca a sus páginas. El trabajo del autor nos entrega amenidad y coherencia estilística, con unos diálogos bien trenzados y una aproximación certera tanto al alma de los personajes femeninos como a la exuberancia barroca de las situaciones. Las descripciones son ajustadas, el manejo de la ironía y el humor de fondo también. Hay amores imposibles, peleas y conflictos, triquiñuelas que sazonan las andanzas de los personajes, y que ilustran acerca de los cambios psicológicos y las actitudes de Liberto, tan observador de las flaquezas de las clases altas de la sociedad insular, tan sigiloso y tan espabilado a la hora de definir y luchar por sus propios intereses de liberación. El sabio Liberto, estoico y vital según convenga, con sus amos y sus súbditos, sus amigos y sus amantes de ocasión, el sexo como conocimiento y atadura.

La ambición de Alberto Omar le ha permitido ensamblar con habilidad y certeza esta novela, en la que –como no podía ser menos– hay todo un viaje de iniciación. La relación tan especial entre Liberto y Hernando nos entrega las mejores páginas, hay sutileza en los diálogos y las andanzas del esclavo y su propietario, más tarde fraternal compañero de andanzas. Al final, la moraleja viene dada por la presencia de un animal simbólico, la tortuga, traída del Caribe; la tortuga, que se mueve despacio captando con perspicacia cuanto sucede a su alrededor.

Dicho con palabras del propio autor, “observarás que ‘renuncié’ a propósito de prácticamente todos mis juegos estructurales y ‘vanguardistas’ que me eran tan caros, para hacerme más llano y directo, creando un narrador que transformara lo lejano en el tiempo en algo más cercano para el lector, más humano y de nuestro siglo. No quería ‘violentar’ la lectura y preferí escoger una voz más directa y humanizada, que no se detuviera en el dolor de vivir sino en la posibilidad que el ejercicio del existir le

brindaba (aunque esa vida se le desarrollaba en el tormento de la esclavitud). Dos cosas me llamaban la atención cuando me decidí a escribirla: ¿cómo es posible que en el Antiguo Régimen fuera el entorno social tan tirano con la mujer, la niñez, y con los tenidos por pobres y no letrados?, ¿y cómo es posible que un ser pudiera esclavizar a otro, comprarlo, venderlo, y seguir viviendo tan campante, asistiendo a misa, etc.? Me preguntaba, entonces, si es que nuestra sociedad seguía repitiendo los mismos juegos sociales (con sustanciales diferencias, aunque obvias por los avances y revoluciones habidas), pero sin asumirlos como herencia de nuestros antepasados, y, por tanto, sin saberlos superar. Y, por otro lado, me propuse reproducir los sentidos con los que los habitantes de entonces podrían estar reconociendo su entorno.”